

Capítulo 19

NUEVO ESTILO DE PREDICACIÓN

A la luz de la ofensiva sobre la adoración, en nuestro análisis de los cambios específicos, nos dirigimos primero a temas relacionados con la adoración de la iglesia. De los catorce puntos identificados en la parte IV, diez tienen que ver con la adoración congregacional. Sin duda, el servicio de adoración es el principal objetivo de los agentes del cambio.

El primer cambio evidente que se ha apoderado de la iglesia, desarrollado lentamente y surgido en los últimos treinta años, es el nuevo estilo de predicación. La Escritura solía ser la sustancia de nuestro material para el sermón. Acostumbrábamos literalmente saturar nuestra predicación con Biblia. Nuestra predicación se identificaba fácilmente por su lógica y buen sentido—como la de Pablo (Hechos 26:25). Ese ya no es el caso en muchos sectores de nuestra hermandad. Nuestros jóvenes y muchos hermanos inconformes han asistido a escuelas del mundo o se han parado en la librería denominacional y comprado libros y manuales de teología, absorben todo lo que pueden retener ¡y se enamoran de ello! Ahora nuestra predicación está dominada por la psicología y las percepciones falibles del hombre de sus propias necesidades. Nuestros materiales educativos y de predicación están llenos de filosofía humanista.

Ahora nuestra predicación se enfoca más sobre el predicador que en el mensaje. Donde una vez los “grandes nombres” de la hermandad eran populares y conocidos por la nitidez, profundidad y por lo bíblico de su predicación, ahora los oradores son famosos por su carisma, personalidad agradable y su dinamismo. Su capacidad para entretener, emocionar y deslumbrar los hace populares.

Esta nueva generación de predicadores son maestros en hacer que la congregación los

exalte **más a ellos** que a Jesús y a la palabra de Dios. La sustancia bíblica ha sido reemplazada por la estimulación emocional con el pretexto de la “espiritualidad” y el “amor.” Las denominaciones siempre han girado y se han centrado en su predicador. Pero las iglesias de Cristo siempre se han centrado en Cristo, su iglesia y en la verdad. Nos estamos vendiendo al denominacionalismo y adoptamos su enfoque.

El mismo cambio vino sobre el estilo de predicación en el siglo pasado cuando la iglesia se dividió. El antiguo estilo era atractivo por su buen sentido, la Escritura y lo lógico.¹ El nuevo estilo de predicación implicaba “espectacularidad” y se buscaba que fuera “entretenida” “animosa” y “más emocionante.” Estaba dominada por anécdotas, incidentes y numerosas referencias a la vida personal del propio predicador.² El nuevo estilo reducía las alusiones a los textos bíblicos y la eliminación de la profundidad en el estudio textual. Cuando se hacía referencia a la Escritura, se citaba fuera de contexto y simplemente era una cubierta para introducir lo que el predicador quería discutir apartado de lo que la Biblia tiene que decir al respecto. El subyacente propósito encubierto de la predicación era más para “añadir emoción o entusiasmo.”³

La falacia de las “necesidades palpables”

El nuevo estilo de predicación y el cambio en el contenido del sermón se ha producido en

¹ Earl West, **Elder Ben Franklin: Eye of the Storm** (Indianapolis, IN: Religious Book Service, 1983), p. 276.

² West, **Franklin**, pp. 304, 305.

³ West, **Franklin**, pp. 304, 305.

gran parte como resultado de la preocupación por el crecimiento numérico discutido en el capítulo 7. El deseo de atraer gente se acompaña con la insistencia de que la predicación debe ajustarse y adaptarse a la cultura. Durante la historia, muchos predicadores denominacionales han ensalzado las virtudes de darle forma a la predicación alrededor de las “necesidades palpables” de la audiencia. Por medio de “necesidades palpables” se quiere decir que el oyente posee apreciaciones específicas de lo que necesita, desea o quiere. Por lo tanto, se le recomienda al predicador determinar en qué lugar se encuentra el **oyente**, cuáles son **sus** preocupaciones en ese momento de la vida y **qué está** experimentando. Tal “tarea” se calcula para darle al predicador la sustancia del contenido de su sermón, maximizando así la probabilidad de generar una respuesta positiva a su predicación. En consecuencia, sus sermones se llenan con las preocupaciones populares actuales (por ejemplo, cáncer, soledad, vejez, estrés, sentirse bien con uno mismo, etc.).

Vea que este enfoque, por definición, le permite al hombre poner la agenda de temas a tratar. Sin embargo, si la historia bíblica nos muestra que “el hombre no es señor de su camino, ni del hombre que camina es el ordenar sus pasos” (Jeremías 10:23; compárese Proverbios 14:12; 20:24; I Corintios 1:25). Lo que los hombres con frecuencia anhelan, claman, ruegan o se alimentan e incluso oran, **no** es lo que real y verdaderamente **necesitan** (Santiago 4:3; compárese Génesis 3:6; 13:10-11; II Reyes 20:1-3). Solo **Dios** conoce lo que en realidad es bueno para el hombre. Solo Dios conoce realmente lo que el hombre **necesita**. Debemos dejar que sea **Él** quien ponga la agenda para la predicación. Debemos **verlo** para determinar cuáles son las preocupaciones reales de la existencia humana.

Nosotros, los humanos tendemos a centrarnos en nosotros mismos de forma egoísta, en nuestros propios deseos y necesidades que

percibimos. Históricamente, la humanidad ha girado en torno a todo lo debajo del sol excepto a aquellas cosas que son fundamentales para lo que realmente importa y de lo que realmente tiene **necesidad**. Con frecuencia, nos desviamos a fin de evitar el punto importante del asunto—nuestra necesidad de obedecer a Dios. Cuando Saúl quiso hablar del sacrificio, necesitó hablar de la obediencia (I Samuel 15). Cuando Caín quiso debatir los méritos relativos de la filosofía “guarda del hermano,” tuvo que enfrentarse al pecado de homicidio y a su actitud desafiante a Dios (Génesis 4:9-10). Cuando los fariseos quisieron hablar del ritualismo religioso de “Corbán,” Jesús se enfocó en el tema importante—la genuina aceptación de las responsabilidades bíblicas (Marcos 7:9-13).

Predicación bíblica—es la predicación centrada en lo que **Dios** dice que son las necesidades del hombre más que en lo que las recientes investigaciones “científicas,” “sociológicas” o “psicológicas” dictan como las “modernas necesidades palpables”—quizás no va a ser popular, “actual,” agradable, ni tampoco interesante. Ciertamente no va a aportar grandes cifras que naturalmente resultan de la clase de predicadores y de predicación de darle a la gente lo que quiere y piensan que necesitan (Isaías 30:30; I Reyes 22:13-14; Números 22:15-18; Amós 7:10-13; II Timoteo 4:3-4; I Pedro 3:20; Lucas 13:23-24; Juan 6:66; Mateo 22:14). Pero la predicación centrada en la Biblia **agradará** a Dios (nuestra **principal** preocupación—compárese I Corintios 6:20; 10:31; I Pedro 4:11; Colosenses 3:17). La predicación bíblica **llenará** la necesidad de aquellos que la acepten. Esa predicación suplirá todas sus necesidades (Deuteronomio 8:1-9; Salmo 119:143-144, 165; Mateo 6:33; Juan 8:32; Efesios 4:15-16; II Timoteo 3:16-17).

En lugar de emplear mucho tiempo y dinero exponiendo los temas recientes del mundo religioso, la gran **necesidad** actual y en todas las generaciones es la simple y directa

proclamación de la Biblia—largas secciones de la Escritura, todos los sesenta y seis libros. En vez de enfatizar y especializarse en la moderna “comezón de oír” (II Timoteo 4:3) y de darle a la gente lo que **quiere**, tenemos que darles lo que en realidad **necesitan**—una amplia exposición a “todo el consejo de Dios” (Hechos 20:27). Necesitamos huir de la sabiduría del hombre con respecto a lo que predicar y volver a la sabiduría de Dios (I Corintios 1:20-21) presentada sin temor y sin preferencia.

Todo esto no quiere decir que debemos ser insensibles a nuestra audiencia (compárese I Corintios 9:19-22) o no dispuestos a adaptarnos a las características de una determinada predicación. Sin embargo, no tenemos autoridad para manipular la sustancia del mensaje si queremos permanecer fieles como heraldos de Dios. Nos equivocamos gravemente cuando sucumbimos a la tentación sutil de predicar de acuerdo a lo que el público quiere o desea. Debemos seguir esparciendo el cristianismo de acuerdo “a la fe una vez dada” (Judas 3), convencidos plenamente que si nuestros oyentes ingerirán **estas** verdades divinas, sus “necesidades aparentes,” serán de hecho, satisfechas. La audiencia se hará fuerte, cimentada y bien equipada para sortear las tormentas de la vida sin los engaños de la solución rápida de los hombres (Hechos 20:32; Romanos 16:25; Colosenses 2:7).

Predicación balanceada

Cuando dejamos los numerosos manuales de predicación de los hombres y recurrimos a la PRIMERA y ÚNICA autoridad para la comprensión de la homilética bíblica, nos sorprende que el contraste pueda ser tan obvio. Un ejemplo de este contraste se ve en el hecho de que algunos dicen que el predicador nunca debería bajo ninguna circunstancia lastimar o crear división por medio de su vida o enseñanza. Por supuesto, algunos predicadores, pueden

hacerlo de manera indebida. Por otro lado, el predicador que está modelando su vida y enseñanza hacia **Jesús** lo hará inevitablemente.

En el caso de Jesús, “Y había gran murmullo acerca de él entre la multitud” (Juan 7:12). Una y otra vez, la doctrina de Jesús y las acciones valerosas alborotaban a la audiencia hacia la disensión: “Hubo entonces disensión entre la gente a causa de él” (Juan 7:43; compárese Juan 10:19; I Corintios 11:19). El estado de ánimo que prevalece ahora en la iglesia es de “paz a toda costa” y “suavízalo” y “hagas lo que hagas, no provoques división.” Nadie quiere dividir, pero nos perdemos un elemento extremadamente importante de la religión bíblica si no escuchamos las palabras de nuestro Maestro cuando declaró: “¿Pensáis que he venido para dar paz en la tierra? Os digo: No, sino disensión” (Lucas 12:51).

Otro contraste entre la predicación bíblica y la predicación con ideas humanas se ve entre nuestros hermanos más sofisticados que sugieren que no es apropiado para el predicador decir “nombres” o hablar tan directamente de una doctrina falsa, de un maestro falso o de una iglesia falsa. El “razonamiento” detrás de este punto de vista sugiere que tal enfoque solo sirve para alejar a la gente. Por supuesto, la discreción humana necesita ejercerse para evitar antagonismo **innecesario**. Pero ¿esta premisa tiene apoyo bíblico?

Si es así, ¿cómo se explica el hecho de que Juan el bautizador y Jesús etiquetaron a contemporáneos con más que nombres directos (por ejemplo, “raza de víboras,” “insensatos,” “guías de ciegos,” “hipócritas,” “hijo del infierno,” “serpientes,” que pertenecían a su “padre el diablo”—Mateo 3:7; 12:34; 23:15-17, 33; Juan 8:44)? ¿Cómo se explica el hecho de que Pablo públicamente señaló a personas—por nombre—por sus errores (por ejemplo, Demás, Himeneo, Alejandro, Fileto, Pedro, Alejandro el calderero—Gálatas 2:11-14; I Timoteo 1:20; II

Timoteo 2:17-18; 4:10, 14)? ¿Por qué Juan citó el nombre de Diótrefes (III Juan 9, 10)? ¿Por qué Juan hizo lo mismo al citar el nombre de un falso grupo religioso (Apocalipsis 2:6, 15)? El señalar públicamente a personas, grupos y doctrinas es una actividad bíblica cristiana si se realiza de forma adecuada.

También se escucha mucho en estos días acerca de la necesidad de tener “predicación balanceada.” Lo que con frecuencia se entiende por esta advertencia es que el predicador debe abstenerse de ser “negativo.” Por supuesto, deberíamos de “hablar la verdad en amor” (Efesios 4:15). Nuestro enfoque en la vida y en la predicación no debería ser dominado por una actitud crítica, poco amable, severa (Gálatas 6:1; Colosenses 4:6; I Tesalonicenses 2:7; II Timoteo 2:24-25). Pero la Biblia repetidamente da a entender que la mente humana tiene una necesidad frecuente de corrección y disciplina—lo cual es negativo. Al predicador inspirado Jeremías se le dijo que su tarea consistía de seis actividades: arrancar, destruir, arruinar, derribar, edificar y plantar (Jeremías 1:10). Note que cuatro de las seis son conductas negativas. Cuando el joven rico preguntó respecto a la vida eterna, Jesús delineó seis mandamientos, cuatro de los cuales son negativos (Mateo 19:16-19). Cuando Pablo le dijo a Timoteo en qué consistía la tarea del predicador del Nuevo Testamento, resumió: “redarguye, reprende, exhorta” (II Timoteo 4:2). Dos de los tres son negativos.

La conclusión es difícil de aceptar para muchos: la predicación bíblica—la predicación que es balanceada—es divisiva, ofensiva y con frecuencia negativa. La proclamación de la verdad de Dios es como un martillo que rompe piedra en pedazos (Jeremías 23:29). Para muchos, es locura (I Corintios 1:18). Sus duros corazones con frecuencia se sienten ofendidos por ella (Mateo 15:12-14). Pero debemos reconocer que las cualidades divisivas, negativas se acentúan

solo en la mente de los desobedientes (Hechos 7:51). Para los que la reciben con humildad, ¡sus almas serán salvadas! (Santiago 1:21).

Libro, capítulo y versículo

Otra faceta del nuevo estilo de predicación es la insistencia de que el citar explícitamente libro, capítulo y versículo en el púlpito es de alguna manera no refinado, no efectivo o no apropiado. Con esta mentalidad se ha reducido dramáticamente la cantidad de Biblia incorporada en el sermón y en cierta medida incluso, que el tema del sermón se derive directamente de textos bíblicos. Muchos predicadores ahora rellenan sus sermones citando a “expertos” modernos en teología, psicología y sociología. Se enorgullecen de estar al tanto del “último pensamiento” disponible de la comunidad académica y del uso de esta información como fuente de material. Nos hemos “colocado nosotros mismos” en una circunstancia enormemente peligrosa y espiritualmente destructiva que históricamente ha anunciado la decadencia de la nación espiritual de Dios (por ejemplo, Deuteronomio 6:6-9; Josué 1:8; Salmo 1:2; Oseas 4:6).

Por favor considere el por qué los predicadores del Evangelio deben dar a sus oyentes citas bíblicas:

1. Esta práctica ayuda a los oyentes a aprender de la Biblia. Innumerables son las veces que una persona comprende cuando se le facilita el contenido y la estructura de la Biblia conociendo precisamente dónde se enseña una determinada doctrina, principio o verdad en la Escritura. Uno aprende y memoriza pasajes al leer y meditar por uno mismo (Hechos 17:11; Lucas 16:29; I Timoteo 4:13).

2. Citar la Escritura minimiza la tendencia a hacer vaga alusión a la Escritura y así, excluir el contexto. Con frecuencia el error es imperceptible cuando se disfraza con el ropaje de algunas palabras bíblicas que suenan familiares o

frases sacadas del contexto original, incluso cuando los escritores inspirados se abstuvieron de dar una fuente específica del Antiguo Testamento, fueron cuidadosos de citar el pasaje textualmente (compárese Hebreos 2:6ss; 4:4-7; 5:6). Los engaños doctrinales se imponen constantemente sobre el simple y el inocente (Romanos 16:18) por las denominaciones y los falsos hermanos al evadir el contexto decisivo y definitivo para apoyar sus puntos de vista erróneos. Muchos desacuerdos y conceptos erróneos se terminarían y aclararían si las personas no justificaran sus puntos de vista religiosos por medio de decir, “En algún lugar en la Biblia dice...”

3. El citar la Escritura directamente anima a confirmar en forma continua la autoridad y prioridad de las palabras de Dios. Impresiona al oyente que el predicador no esté hablando “de sí mismo” (compárese Juan 7:16; 8:28; 14:10), o que haga valer sus propias ideas (I Pedro 4:11; II Pedro 1:20-21), sino que más bien esté permitiendo que sea **Dios** el que esté hablando. Al decir a la audiencia en forma clara dónde se encuentran las palabras en la Escritura les enfatiza que son responsables ante Dios—no ante el predicador. Que **sus** Palabras (no las del predicador) son “poderosas” (Romanos 1:16; Hebreos 4:12) y capaces de **salvarlos** (Santiago 1:21). Además, incluso el mundo académico sostiene que es justo y ético dar toda referencia cuando se aluda a la obra de otra persona.

4. Por último, es apropiado darle a los oyentes información suficiente para localizar un pasaje ya que Jesús y otros hicieron esencialmente la misma cosa. Por supuesto, las divisiones en capítulos y versículos no estaban disponibles en tiempos apostólicos. Sin embargo los predicadores fieles daban suficiente indicaciones para que sus afirmaciones pudieran verificarse. Aunque ocasionalmente un orador introducía su cita bíblica con la fórmula “escrito está” (Mateo 4:4, 7), usualmente incluía más

detalles que le permitían al oyente enfocarse en el texto específico. Estudie cuidadosamente los siguientes pasajes y vea cómo el orador inspirado daba pistas de la fuente específica identificando el libro del Antiguo Testamento o al autor o la división canónica (por ejemplo, ley, Salmos o profetas): Mateo 3:3; 12:39; 13:14; 15:7; 24:15; Marcos 7:6; Lucas 20:42; 24:44; Juan 1:23; Hechos 1:20; 2:16, 25; 3:22; 13:33, 35, 40; 15:15; 28:25.

Por supuesto, los cristianos de ahora están en una circunstancia histórica diferente. No nos estamos dirigiendo a judíos que estaban muy familiarizados con el Antiguo Testamento. Nos estamos dirigiendo a las denominaciones y a los que no tienen iglesia—ambos, lamentablemente son ignorantes de las Escrituras. Razón de más para especificar nuestra fuente bíblica.

¿Por qué algunos son tan reacios a dar libro, capítulo y versículo en su predicación? Quizás algunos se sienten intimidados debido a que su conocimiento de la Escritura es inferior a aquellos que son capaces de hacerlo. O, tal vez, algunos han acogido falsas doctrinas que no pueden permitir el escrutinio directo de la Escritura. No dar la cita explícita de la Escritura facilita la seducción o engaño religioso. O, quizás para ellos el citar constantemente la Escritura no encaja bien con el enfoque moderno, “sofisticado,” “educado,” “tolerante.” Tal “educación” es similar a lo que Pablo llamó “falsa ciencia” (I Timoteo 6:20, NC). Tal “tolerancia” suena como las “cosas halagüeñas” que Isaías denunció (Isaías 30:10).

Omisión de la invitación

Con el cambio en el estilo de la predicación llegó una tendencia en minimizar e incluso omitir la invitación en el sermón. Algunos insisten que la invitación tiene su origen en el Protestantismo y no en la Biblia. Dicen que la invitación es simplemente una tradición que ha evolucionado con el tiempo.

Algunas ocasiones justifican un cambio al ofrecer lo que llamamos “invitación.” Pero tales ocasiones son difíciles de imaginar. Por ejemplo, si solo cristianos están presentes, alentar a los oyentes a rendirse a la obediencia al plan de salvación parecería inútil. Sin embargo, los niños están obligados a estar presentes, algunos están a punto de convertirse o necesitan que se les dé una idea de su futura sumisión a ese plan.

Cualquiera que pudiera ser la historia de la invitación, existe una justificación bíblica para tener una invitación después que se predique cada sermón en la reunión de la iglesia. Una característica central de la iglesia y de la adoración del Nuevo Testamento fue la de predicar la Palabra de Dios. La Palabra de Dios siempre ha tenido como propósito modificar el comportamiento humano, cambiar a las personas en seguidores obedientes (Romanos 10:14-17; 12:2). Cuando la palabra de Dios se presenta, siempre lleva con ella una llamada implícita a reaccionar (Juan 6:45). Jesús no predicó a la gente solo para intrigarlos. Quería una obediencia a las exigencias de su mensaje. Del mismo modo, la predicación del Evangelio por todo el libro de Hechos siempre se planeó para obtener una respuesta. Cuando la gente escuchaba la Palabra de Dios, el Señor quería que la obedecieran, que actuaran, que la **hicieran** (Santiago 1:21-25).

En vista de esta faceta inconfundible de la predicación, a lo largo de la historia bíblica, parece lógico dar una oportunidad para expresar una respuesta. La evidencia bíblica de tales oportunidades abunda. Por ejemplo, en el monte Carmelo, Elías invitó a sus oyentes a que se alinearan a Dios. Su respuesta fue lamentable (I Reyes 18:21). Moisés invitó a su audiencia al pie del monte Sinaí, lo que resultó en la muerte de unos tres mil oyentes que no respondieron (Éxodo 32:26). En el sermón de despedida de Josué pidió una respuesta de sus oyentes (Josué 24:15). La llamada de Esdras para cumplir con la

enseñanza bíblica sobre el matrimonio fue acompañada de una invitación (Esdras 10:10-11).

Cuando uno va al libro de los Hechos donde se predicó el Evangelio en el primer siglo, se ve el mismo patrón. El predicador predica el Evangelio y explícitamente pide una respuesta o implícitamente espera una. Después de todo, ¡esto es por lo que se hace la predicación! El predicador está tratando de provocar una respuesta por parte del oyente. Examine los siguientes versículos para ver este principio en acción: Hechos 2:36-37, 40-41; 3:19; 4:4, 13-18; 5:33, 40; 6:11; 7:52, 54; 8:5-6, 12-13, 22-24, 36; 9:18, 29; 10:47-48; 11:21, 23-24; 13:41-43, 46; 14:1, 18, 21; 16:5, 14-15, 32-33; 17:4, 11-12, 32-34; 18:5-6, 8; 19:5, 8-9, 18-19; 20:36; etc.

Un análisis del libro de Hechos revela que cuando el mensaje del Evangelio fue predicado, se manifestaron tres posibles reacciones visibles. Muchas veces (tal vez la más frecuente) la reacción a la invitación fue el rechazo, la hostilidad y la violencia (por ejemplo 17:5). En algunas ocasiones, la respuesta fue el propósito de conversión (por ejemplo, 18:8). En otras ocasiones, los cristianos respondían con el propósito de restauración, es decir, arrepentirse y corregir sus comportamiento pecaminoso (por ejemplo 8:24). Una respuesta no visible o silenciosa a la palabra predicada era la edificación, ser confirmados en la fe (por ejemplo, 16:5). Otra respuesta en el Nuevo Testamento que las iglesias de Cristo a menudo incluyen en la invitación del sermón como un asunto de conveniencia, pero que puede hacerse en cualquier momento, es la “identificación” de un cristiano con la iglesia local para ser miembro (por ejemplo, 9:26-27).

En consecuencia cuando predicamos el Evangelio en nuestras reuniones públicas, lo hacemos específicamente para provocar que se cumpla la Palabra de Dios. Es natural para nosotros darle a la asamblea una oportunidad inmediata para hacer eso. Para los no cristianos

que están presentes, deberíamos querer animarlos a manifestarse y a obedecer el sencillo plan de salvación. Para los cristianos que están presentes, deberíamos querer instarlos a corregir sus vidas para que puedan estar en armonía con la palabra predicada. También, se les da la oportunidad para hacer las correcciones en presencia de los hermanos cristianos que pueden orar con y por ellos (Santiago 5:16; I Juan 1:9; Hechos 8:24).

Las circunstancias son tales en muchas iglesias ahora, que una persona posiblemente podría estar convencida de lo dicho por el predicador en su sermón. Pero sin una invitación y una clara articulación de cómo responder bíblicamente, la persona se iría pensando que todo lo que tiene que hacer es **aceptar** la enseñanza—**estar de acuerdo** con ella. Tal como aquellos en Pentecostés (Hechos 2:37), el tesorero etíope (Hechos 8:36) y Saulo (Hechos 9:5-6), hoy, la gente necesita que se le **diga** qué hacer para responder al mensaje predicado.

Sospecho que la tendencia de los predicadores a dejar de invitar para instar a los oyentes a obedecer es el resultado natural del cambio que ha ocurrido en el contenido y en el estilo de predicación. En otras palabras, los predicadores ya no invitan porque ya no están dando las demandas puras, no diluidas del Evangelio. La predicación actual está llena con llamamientos a sentirse bien, a las necesidades palpables más que en el énfasis bíblico al arrepentimiento del pecado y a obedecer el Evangelio. La omisión de la invitación en nuestros sermones es otro paso en la dirección equivocada. Un paso para alejarse de la Biblia.

Conclusión

Uno de los cambios que afectan a la iglesia actualmente es el dejar de predicar la Biblia desde nuestros púlpitos como se hacía antes. Solo le toma una generación de no hacerlo para cosechar el torbellino de ignorancia y la

apostasía generalizada. Los predicadores que, en los últimos veinte o treinta años, son responsables de dejar la clara predicación bíblica serán responsables en la eternidad de pavimentar el camino para que los agentes del cambio actual hagan su trabajo destructivo.

Hermanos, nunca llegará el momento en que la circunstancia cultural o histórica justifique dejar la proclamación directa de citar la Palabra de Dios. No nos avergoncemos de la Biblia (Romanos 1:16). Presentémosla fielmente a la humanidad perdida y hagamos todo lo que podamos para animarlos a que noblemente la “escudriñen” (Hechos 17:11; I Tesalonicenses 5:21).

Mientras predicaba en Ardmore, Oklahoma recientemente, un hombre amable y grande de edad se acercó a mi después de los servicios y me expresó su acuerdo de que muchos de nuestros predicadores ya no predicaban la simple verdad bíblica. Comparó el nuevo estilo de predicación a una declaración que le fue hecha a él por su hermano mayor en la década de 1940. Viviendo en un área rural de Oklahoma, él y su hermano mayor se fueron del pueblo para averiguar cuál era todo ese alboroto respecto a la “soda mezclada con helado.” El hermano mayor puso su dinero sobre el mostrador y pidió su orden, animando a su pequeño hermano a esperar que él la probara antes de que gastara su dinero. Conforme el hermano pequeño esperaba pacientemente el sabio consejo de su hermano mayor, éste último probó la nueva invención. Viendo a su pequeño hermano, negó con su cabeza y le dijo: “Guarda tu dinero, hermano, es solo aire dulce.”

Triste comentario sobre gran parte de la predicación en nuestro día.

Versión al Español

Jaime Hernández

Querétaro, Mex. Enero de 2015